

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN¹

QUÉ HACER

No sé que hacer: si dejar de hacer lo que estaba haciendo, o hacer algo que nunca he hecho o continuar haciendo lo que estaba haciendo o más bien quedarme quieto y averiguar si hay algo que hacer dentro de mi cabeza, donde hay tantas cosas por hacer que me da una inmensa pereza tener que ponerme a hacer una lista de cosas pendientes, desde que ingresé a este estado donde no puedo decidirme a hacer las cosas que venía haciendo desde que tengo uso de razón y ahora es tan inútil que las recomience, pues ya no queda tiempo suficiente, creo yo, para hacer tantas cosas qué hacer de veras no sé.

HÉROE

Que quede claro: soy un hombre perfectamente normal. No me gusta fantasear ni andarme por las ramas. Me gusta ir al grano y decir sin rodeos lo que pienso. Acepto las reglas de la sociedad y las cumpla lo mejor que puedo, usando la razón como método y el bienestar como horizonte.

¹ Narrador, poeta, ensayista, antologista venezolano. Se desempeña como editor y asesor del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) y como director de *Imagen*, revista latinoamericana de cultura, en el Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Sus más recientes publicaciones son: *Consuelo para moribundos y otros microrrelatos* (2011), *Cuentos y microrrelatos* (2012).

Me dedico a ganar dinero porque sencillamente él es la base de mi bienestar; eso lo tengo más claro que el agua. Lo que tengo que decir a continuación no tiene nada que ver con una vulgar queja, con un reclamo gratuito a la sociedad, ni a nadie. Es como una necesidad orgánica.

Lo que digo es que además de hacerme el mantenimiento, el aseo exterior, ocuparme de la ropa en la casa, hacer mercado y ayudar en la cocina, sacar la basura, dedicarme a la reparación del carro y de los enseres domésticos que no cesan de dañarse, de pagar el alquiler y los servicios de luz y agua y de tener que fajarme todo el santo día en la oficina contable; de cuidarme en este barrio para que algún matón no me dañe, lidiar con los vecinos y la gorda ineficaz que hace ocasionalmente el servicio, recoger los desastres que dejan las visitas o los amigos de mis hijos, esos adolescentes irrespetuosos que vienen a meter sus manos en mi biblioteca y mis discos, soportar el mal humor de mi mujer por la mínima cosa y a su hija alcohólica de otro matrimonio; tener que ir a hacerme el chequeo médico y hacer dieta, vérmelas con los burócratas en las oficinas de pago y cancelar a tiempo las tarjetas de crédito con sus altos intereses (después de hacer una larga cola en el banco), y luego tener que conducir mi viejo automóvil en una larga tranca del tráfico, y al llegar a casa tener que soportar el ruido que meten los estudiantes del piso de arriba, y los ladridos de los perros sucios que todo el día están escarbando en la basura allá abajo y encima de eso, digo, mantener la cordura y la paciencia suficiente para tolerar a los comerciantes en el mercado cuando me quieren cobrar demás, o aguantar los pedigüenos en todas partes y otras cosas que se me olvidan ahora, digo, deberían darme una medalla.

Me considero un verdadero héroe, pero no tengo ningún reconocimiento público. Mi jubilación no es suficiente, el dinero sólo cubre lo básico.

Esa muchacha amiga de mi hija me está mirando en estos días con esos ojos tan insinuantes. Ayer la detallé cuando vino a casa a estudiar con mi hija, no está nada mal, diría con toda franqueza que ella es de una belleza completa. Creo que ella sería mi mejor premio, y me resarciría en parte de todos mis esfuerzos y logros. Estoy preparado para soportar cualquier infierno que se me avecine, pero junto a ella, lo haría feliz, con tal de recibir mi compensación final, si ella es de su héroe completa y absolutamente.

Ars narrativa

Nazco ahora mismo en la primera línea del relato.
Duro una línea más mientras cumpla mi desarrollo de niño,
llego a la adolescencia en la segunda línea
y paso a la adultez en la cuarta
en la quinta estoy maduro ya
y en la sexta empiezo a envejecer.
Me pongo viejo en la séptima,
en la octava me vuelvo anciano,
en la novena me siento mal,
en la décima me pongo grave
hasta que al fin en la undécima muero.
En la doce decido renacer para que el cuento
llegue hasta la trece con cierto suspenso,
y en la antepenúltima el relato pueda tener la posibilidad
de tener cierto aire y el lector ser él mismo en la penúltima
y ser su protagonista hasta la última.



© *Baile de máscaras* (GPR, 2005).